

CANTO XIX.

Refiérese el asalto que los araucanos dieron á los españoles en el fuerte de Penco; la arremetida de Gracolano á la muralla; la batalla que los marineros y soldados que habían quedado en guarda de los navíos tuvieron en la marina con los enemigos.

Hermosas damas, si mi débil canto
No comienza á esparcir vuestros loores,
Y si mis bajos versos no levanto
Á concetos de amor y obras de amores;
Mi priesa es grande, y que decir hay tanto,
Que á mil desocupados escritores
Que en ello trabajasen noche y día,
Para todos materia y campo habria.
Y aunque apartado á mi pesar me veo
Desta materia y presupuesto nuevo,
Me sacará al camino el gran deseo
Que tengo de cumplir con lo que os debo;
Y si el adorno y conveniente arreo
Me faltan, baste la intencion que llevo,
Que es hacer lo que puedo de mi parte,
Supliendo vos lo que faltare en la arte.

Mas la española gente que se queja
Con causa justa y con razon bastante,
Dándome mucha priesa, no me deja
Lugar para que de otras cosas cante;
Que el ejército bárbaro la aqueja
Cercando en torno el fuerte en un instante
Con terrible amenaza y alarido,
Como en el canto atrás lo habeis oido.

Luego que en la montaña en lo mas alto
Tres gruesos escuadrones parecieron,
Juntos á un mismo tiempo hicieron alto

Y el sitio desde allí reconocieron:
Visto el foso y el muro, el fiero asalto,
Dada la seña, todos tres movieron,
Esgrimiendo las armas de tal suerte
Que á nadie reservaban de la muerte.

El mozo Gracolano no olvidado
De la arrogante oferta y gran promesa,
De varias y altas plumas rodeado,
Blandiendo una tostada pica gruesa
Venia dellos gran trecho adelantado,
Rompiendo por el humo y lluvia espesa
De las balas y tiros arrojados
Por brazos y cañones reforzados.

Llegado al justo término, terciando
La larga pica arremetió furioso,
Y en tierra el firme regaton fijando
Atravesó de un salto el ancho foso;
Y por la misma pica gateando,
Arriba sobre el muro victorioso
A pesar de las armas contrapuestas
Lanzas, picas, espadas y ballestas.

No agarrochado toro embravecido
La barrera embistió tan impaciente,
Ni fué con tanta fuerza resistido
De espesas armas y apiñada gente,
Como el gallardo bárbaro atrevido
Que temeraria y venturosamente
Rompiendo al parecer lo mas seguro,
Sube por fuerza al defendido muro.

Donde sueltas las armas empachadas,
Que aprovecharse dellas no podia,
A bocados, á coces y á puñadas
Ganar la plaza él solo pretendia:
Los tiros, golpes, botes y estocadas
Con gran destreza y maña rebatía,
Poniendo pecho y hombro suficiente
Al impetu y furor de tanta gente.

En medio de las armas, á pié quedo,
Sin ellas su promesa sustentaba,
Y con gran pertinacia y poco miedo
De morir mas adentro procuraba,
Y en el vano propósito y denuedo
Herido ya en mil partes porfiaba,

Que su loca fortuna y diestra suerte
Tenian suspenso el golpe de la muerte.

Así que, en la demanda necia instando
Se arroja entre los hierros, y se mete
Cual perro espumajoso, que rabiando
Adonde mas le hieren arremete;
Y el peligro y la vida despreciando
Lo mas dudoso y áspero acomete,
Desbaratando en torno mil espadas
Al obstinado pecho encaminadas.

Viéndose en tal lugar solo, y tratado
Segun la temeraria confianza,
No de su pretension desconfiado,
Mas con alguna menos esperanza,
A los brazos cerró con un soldado
Y de las manos le sacó la lanza,
Sobre la cual echándose en un punto
Pensó salvar el foso y vida junto.

Mas la instable fortuna ya cansada
De serle curadora de la vida,
Dió paso en aquel tiempo á una pedrada
De algun gallardo brazo despedida,
Que en la cóncava sien la arrebatada
Piedra gran parte le quedó sumida,
Trabucándole luego de lo alto
Yendo en el aire en la mitad del salto.

Como el troyano Euricio, que volando
La tímida paloma por el cielo
Con gran presteza el corvo arco flechando
La atravesó en la furia de su vuelo,
Que retorciendo el cuerpo y revolando
Como redondo ovillo vino al suelo:
Así el herido mozo en descubierto
Dentro del hondo foso cayó muerto.

De treinta y dos heridas justamente
Cayó el misero cuerpo atravesado,
Sin el último golpe de la frente
Que el número cerró ya rematado;
Y la pica que el bárbaro valiente
De franca y buena guerra habia ganado
Quedó arrimada al foso, de manera
Que un trozo descubierto estaba fuera.

Pero el jóven Pinol, que prometido

Habia de acompañarle en el asalto,
Y con él hasta el foso arremetido,
Aunque no se atrevió á tan grande salto,
Como al valiente amigo vió tendido
Y descubrir la pica por lo alto,
La arrebató tomando por remedio
Poner con piés ligeros tierra en medio.

Mas como no haya maña ni destreza
Contra el hado preciso y dura suerte,
Ni bastan prestos piés ni ligereza
Á escapar de las manos de la muerte;
Que al que piensa huir con mas presteza
Le alcanza de su brazo el golpe fuerte,
Como al ligero bárbaro le avino
En mudando propósito y camino:

Que apenas cuatro pasos habia dado
Cuando dos gruesas balas le cogieron,
Y de la espalda al pecho atravesado
A un tiempo por dos partes le tendieron:
No dió la alma tan presto, que un soldado
De dos que á socorrerle arremetieron,
De la costosa lanza no trabase,
Y con peligro suyo la salvase.

Luego de trompas gran rumor sonando
La gruesa pica en alto levantaron,
Y á toda furia en hila igual cerrando
Al foso con gran impetu llegaron;
Donde forzosamente reparando,
La municion y flechas descargaron
En tanta multitud, que parecian
Que la espaciosa tierra y sol cubrian.

Pues en esta sazón Martin de Elvira,
Que así nuestro español era llamado,
De léjos la perdida lanza mira
Que el muerto Gracolan le habia ganado:
Con loable vergüenza ardiendo en ira
De recobrar su honor deliberado,
Por una angosta puerta que allí habia
Solo y sin lanza á combatir salia

Con un osado jóven que delante
Venía la tierra y cielo despreciando,
De proporción y miembros de gigante,
Una asta de dos costas blandiendo,

Que acá y allá con término galante
La gruesa y larga pica floreando
Ora de un lado y de otro, ora derecho
Quiso tentar del enemigo el pecho.

Tirando un recio bote, que cebado
Le retrujo seis pasos de tal suerte
Que el gallardo español desatinado
Se vió casi en las manos de la muerte;
Pero como animoso y reportado
Haciendo recio pié se tuvo fuerte
Pensando asir la pica con la mano;
Mas este pensamiento salió vano.

Que el indio con destreza y gran soltura
Saltó ligero atrás cobrando tierra,
Y blandiendo la gruesa pica dura
Quiso con otro rematar la guerra;
Mas el pronto español que entrar procura
Dándole lado, de la pica afierra,
Y agujijando por ella á su despecho
Cerró presto con él pecho con pecho.

Y habiendo con presteza arrebatado
Una secreta daga que traía,
Cinco veces ó seis por el costado
Del brayo corazón tentó la vía:
El bárbaro mortal ya desangrado
Por todas la furiosa alma rendía,
Cayendo el cuerpo inmenso en tierra frío
Ya de sangre y espíritu vacío.

El valiente español que vió tendido
Á su enemigo y la victoria cierta,
Cobró la pica y crédito perdido,
Retrayéndose ufano hácia la puerta:
Donde por los amigos conocido,
Fué sin contraste en un momento abierta,
Y dentro recibido alegremente
Con grande aplauso y grito de la gente.

En este tiempo ya por todos lados
La plaza los contrarios expugnaban,
Que á vencer ó morir determinados
Por los fuegos y tiros se lanzaban:
Y encima de los muertos hacinados
Los vivos á tirar se levantaban,
De donde más la cierta puntería

El encubierto blanco descubría.

Unos con ramas, tierra y con maderos
Ciegan el hondo foso presurosos;
Otros que mas presumen de ligeros
Hacen pruebas y saltos peligrosos;
Y los que les tocaba ser postreros
De llegar á las manos deseosos,
Tanto el ir adelante procuraban,
Que dentro á los primeros arrojaban.

Mas de los muchos muertos y heridos
De nuestros arcabuces de mampuesto,
Y de otros arrojados y caídos
El foso se cegó y allanó presto,
Por do los enemigos atrevidos
Arremetieron, el temor pospuesto,
Llegando por las partes mas guardadas
A medir con nosotros las espadas.

Y prosiguiendo en el osado intento,
De nuevo empiezan un combate duro;
Mas otros con mayor atrevimiento
Trepaban por las picas sobre el muro:
Que al bárbaro furor y movimiento
Ningun alto lugar había seguro,
Ni parte por mas áspera que fuese,
Donde no se escalase y combatiere.

Los nuestros sobre el muro amontonados
Los rebaten, impelen y maltratan,
Y con lanzas y tiros arrojados
Los derriban abajo y desbaratan;
Mas poco los demás escarmentados
La difícil subida no dilatan,
Antes procuran luego embravecidos
Ocupar el lugar de los caídos.

Unos así tras otros procediendo
Ganosos de honra y de temor desnudos
Siempre la priesa y multitud creciendo,
Crece la furia de los golpes crudos:
Los defendidos términos rompiendo
Cubiertos de sus cóncavos escudos,
Nos pusieron en punto y apretura
Que estuvo lo imposible en aventura.

En este tiempo Tucapele furioso
Apareció gallardo en la muralla,

Esgrimiendo un baston fuerte y nudoso
 Todo cubierto de luciente malla.
 Como el leon de Libia vedijoso
 Que abriendo de la tímida canalla
 El tejido escuadron, con furia horrenda
 Desembaraza la impedida senda ,

Así el furioso bárbaro arrogante
 Discurre por el muro, derribando
 Cuanto allí se le opone y ve delante,
 Su misma gente y armas tropellando :
 Quisiera tener lengua y voz bastante
 Para poder en suma ir relatando
 El singular esfuerzo y valentia
 Que el bravo Tucapel mostró aquel dia.

No las espesas picas ni pertrechos
 Bastan puestas en contra á resistirle,
 Ni fuertes brazos, ni robustos pechos
 Pueden acometiéndole impedirle :
 Que montones de gente y armas hechos
 Rompe y derriba sin poder sufrirle,
 Y aun no contento desto, osadamente
 Se arroja dentro en medio de la gente ;

Y al peligro las fuerzas añadiendo
 La poderosa maza rodeaba ,
 Unos desbaratando, otros rompiendo
 Siempre mas tierra y opinion ganaba :
 Al fin los duros golpes resistiendo
 Por las armas y gente atravesaba,
 Hiriendo siempre á diestro y á siniestro
 Con grande riesgo suyo y daño nuestro.

Tambien hácia la banda del Poniente
 Habia Peteguelen arremetido,
 Y á despecho y pesar de nuestra gente
 En lo mas alto del bastion subido :
 Que el valeroso corazon ardiente
 Le habia por las entrañas esparcido
 Un belicoso ardor, como si fuera
 En la verde y robusta edad primera .

Mucho no le duró; que á poca pieza
 Le arrebató una bala desmandada
 De los dispuestos hombros la cabeza,
 Rematando su próspera jornada ;
 Tras esta disparó luego otra pieza

Hácia la misma parte encaminada,
 Llevando á Guampicol que le seguia,
 Y á Surco, Longomilla y Lebopía.

La gente que en las naos habia quedado
 Viendo el rumor y priesa repentina
 Cuál salta luego arriba desarmado,
 Cuál con rodela, cuál con coracina ;
 Quién se arroja al batel, y quién á nado
 Piensa arribar mas presto á la marina,
 Llamando cada cual á quien debia
 Y ninguno aguardaba compañía.

Así á nado y á remo con gran pena
 El molesto y prolijo mar cortaron ,
 Y en la ribera y deseada arena
 Casi todos á un tiempo pié tomaron ;
 Donde con disciplina y órden buena
 Un cerrado escuadron luego formaron,
 Marchando á socorrer á los amigos
 Por medio de las armas y enemigos.

Del mar no habian sacado los piés, cuando
 Por la parte de abajo con ruído
 Les sale un escuadron en contra , dando
 Una furiosa carga y alarido :
 Venia el primero el paso apresurando
 El suelto Feniston, mozo atrevido,
 Que de los otros quiso adelantarse
 Con gana y presuncion de señalarse.

Nuestra gente con órden y osadia
 Siguiendo su derrota y firme intento ,
 A la enemiga opuesta arremetia,
 Que aun de esperar no tuvo sufrimiento ;
 Y á recibir á Feniston salia
 Con paso no menor y atrevimiento
 El diestro Julian de Valenzuela,
 La espada en mano, al pecho la rodela.

Fué allí el primero que empezó el asalto
 El presto Feniston anticipado,
 Dando un ligero y no pensado salto
 Con el cual descargó un baston pesado ,
 Mas Valenzuela , la rodela en alto ,
 A dos manos el golpe ha reparado,
 Dejándole atronado de manera
 Como si encima un monte le cayera.

Bajó la ancha rodela á la cabeza,
Tanto fué el golpe recio y desmedido,
Y el trasportado jóven una pieza
Fué rodando de manos aturrido;
Mas luego aunque atronado se endereza,
Y volviendo del todo en su sentido
Pudo al través hurtándose de un salto
Huir la maza que calaba de alto.

Entró el leño por tierra un gran pedazo
Con el gran peso y fuerza que traía,
Que visto Valenzuela el embarazo
Del bárbaro y el tiempo que él tenía,
Metiendo con presteza el pié y el brazo
El pecho con la espada le cosía,
Y al sacar la caliente y roja espada
Le llevó de revés media quijada.

El araucano ya con desatino
Le echó los brazos sin saber por dónde;
Mas el jóven tentando otro camino
Arrancada la daga le responde,
Que con la priesa y fuerza que convino
Tres veces en el cuerpo se la esconde,
Haciéndole extender ya casi helados
Los piés y fuertes brazos añudados.

Ya en aquella sazon ninguno habia
Que solo un punto allí estuviese ocioso;
Mas cada cual solícito corria
A lo mas necesario y peligroso:
Era el estruendo tal, que parecia
El batir de las armas presuroso
Que de sus fijos quicios todo el cielo
Desencajado se viniese al suelo.

Por otra parte arriba en la muralla
Siempre con rabia y priesa hervorosa
Andaba muy reñida la batalla,
Y la victoria en confusion dudosa:
Vuela en el aire la córtada malla,
Y de sangre caliente y espumosa
Tantos arroyos en el foso entraban,
Que los cuerpos en ella ya nadaban.

Así de acá y allá gallardamente
Por la plaza y honor se contendia,
Quién sobre el muerto sube diligente,

Quién muerto sobre el vivo allí caia:
Don García de Mendoza entre su gente
Su cuartel con esfuerzo defendia,
Al gran furor y bárbara violencia
Haciendo suficiente resistencia.

Don Felipe Hurtado á la otra mano,
Don Francisco de Andía y Espinosa,
Y don Simon Pereira lusitano,
Don Alonso Pachecho y Ortigosa,
Contrapuestos al ímpetu araucano
Hacian prueba de esfuerzo milagrosa,
Resistiendo á gran número la entrada
A pura fuerza y valerosa espada.

Vasco Juarez tambien por otra parte,
Carrillo y don Antonio de Cabrera,
Arias Pardo, Riberos y Lasarte,
Córdoba y Pedro de Olmos de Aguilera
Subidos sobre el alto baluarte,
Herian en los contrarios de manera,
Que aunque eran infinitos, bien seguro
Por toda aquella banda estaba el muro.

No menos se mostraba peleando
Juan de Torres, Garnica y Campo-frio,
Don Martin de Guzman y don Hernando
Pacheco, Gutierrez, Zúñiga y Berrio,
Ronquillo, Lira, Osorio, Vaca, Ovando,
Haciendo cosas que el ingenio mio,
Aunque libre de estorbos estuviera
Contarlas por extenso no pudiera.

Tanto el daño creció, que de aquel lado
Los fieros araucanos aflojaron,
Y rostro á rostro en paso concertado
Quebrantado el furor se retiraron:
Los otros, visto el daño no pensado,
Tambien del loco intento se apartaron,
Quedando Tucapel dentro del fuerte
Hiriendo, derribando y dando muerte.

No desmayó por esto, antes ardia
En cólera rabiosa y viva saña,
Y aquí y allí furioso discurría
Haciendo en todas partes riza extraña;
Tropella á Bustamante y á Mejía,
Derriba á Diego Perez y á Saldaña.

Mas ya es razon , pues he cantado tanto ,
Dar fin al gran destrozo y largo canto.

CANTO XX.

Retíranse los araucanos con pérdida de mucha gente ; escápase Tucapel muy herido rompiendo por los enemigos ; cuenta Teguelda á D. Alonso de Ercilla el extraño y lastimoso proceso de su historia.

Nadie prometa sin mirar primero
Lo que de su caudal y fuerza siente ,
Que quien en prometer es muy ligero
Proverbio es que despacio se arrepiente :
La palabra es, empeño verdadero
Que habemos de quitar forzosamente ,
Y es derecho comun y ley expresa
Guardar al enemigo la promesa.
Bien fuera destas leyes va la usanza
Que en este tiempo misero se tiene :
Promesas que os ensanchan la esperanza ,
Y ninguna se cumple ni mantiene :
Asi la vana y necia confianza
Que estribando en el aire nos sostiene ,
Se viene al suelo y llega al desengaño
Cuando es mayor que la esperanza el daño.
De mi sabré decir cuán trabajada
Me tiene la memoria y con cuidado
La palabra que di bien excusada
De acabar este libro comenzado ;
Que la seca materia , desgustada ,
Tan desierta y estéril que he tomado ,
Me promete hasta el fin trabajo sumo ,
Y es malo de sacar de un terron zumo.

¿Quién me metió entre abrojos y por cuestras
Tras las roncas trompetas y atambores ,
Pudiendo ir por jardines y florestas
Cogiendo varias y olorosas flores ,
Mezclando en las empresas y recuestas
Cuentos , ficciones , fábulas y amores ,
Donde correr sin limite pudiera ,
Y dando gusto , yo le recibiera ?

¿Todo ha de ser batallas y asperezas ,
Discordia , fuego , sangre , enemistades ,
Odios , rencores , sañas y bravezas ,
Desatino , furor , temeridades ,
Rabias , iras , venganzas y fierezas ,
Muertes , destrozos , rizas , crueldades ,
Que al mismo Marte ya pondrán hastío
Agotando un caudal mayor que el mio ?
Mas á mi me es forzoso ser paciente ,
Pues de mi voluntad quise obligarme ,
Y así os pido , señor , humildemente
Que no os dé pesadumbre el escucharme :
Que el atrevido bárbaro valiente
Aun no me da lugar de disculparme ,
Tal es la furia y priesa con que viene
Que apresurar la mano me conviene.

El cual como encerrada bestia fiera
Ora de aquella y ora desta parte
Abre sangrienta y áspera carrera ,
Y por todas el daño igual reparte
Con un orgullo tal que acometiera
Allá en su quinto trono al fiero Marte ,
Si viera modo de subir al cielo
Segun era gallardo de cerbelo.

Pero viéndose solo y mal herido ,
Y el ejército bárbaro deshecho ,
Y todo el fiero hierro convertido
Contra su fuerte y animoso pecho ,
Se retrujo á una parte en la cual vido
Que el cerro era peinado y muy derecho ,
Sin muro de aquel lado , donde un salto
Habia de mas de veinte brazas de alto.

Como si en tal sazón alas tuviera
Mas seguras que Dédalo las tuvo ,
Se arroja desde arriba de manera

Que parece que en ellas se sostuvo :
 Hizo prueba de sí fuerte y ligera ,
 Que el salto aunque mortal en poco tuvo ,
 Cayendo abajo el bárbaro gallardo
 Como una onza ligera ó suelto pardo.

Mas bien no se lanzó que en seguimiento
 Infinidad de tiros le arrojaron ,
 Que aunque no le alcanzara el pensamiento
 Antes que fuese abajo le alcanzaron :
 Fué tanto el descargar que en un momento
 En mas de diez lugares le llagaron ;
 Pero no de manera que cayese ,
 Ni solo un paso y pié descompusiese.

Viéndose abajo y tan herido, luego
 Del propósito y salto arrepentido ,
 Abrasado en rabioso y vivo fuego ,
 Terrible y mas que nunca embravecido ,
 Quisiera revolver de nuevo al juego
 Y vengarse del daño recibido ;
 Mas era imaginarlo desatino ,
 Que el cerro era atajado y sin camino.

Cinco ó seis veces la difícil via
 Y de fortuna el crédito tentaba ,
 Que fácil lo imposible le hacia
 El coraje y furor que le incitaba :
 Por un lado y por otro discurría ,
 Todo de acá y de allá lo rodeaba ,
 Como el hambriento lobo encarnizado
 Rodea de los corderos el cercado.

Mas viendo al fin que era designio vano
 Y de tiros sobre él la lluvia espesa ,
 Retirándose á un lado vió en el llano
 La trabada batalla y fiera priesa ;
 Y como el levantado halcon lozano
 Que yendo alta la garza , se atraviesa
 El cobarde milano , y desde el cielo
 Cala á la presa con furioso vuelo :

Así el gallardo Tucapel, dejado
 El temerario intento infructuoso ,
 Revuelve á la otra banda encaminado
 Al reñido combate sanguinoso :
 En esto el bando infiel desconfiado
 De mucha gente y sangre perdidoso ,

Se retiró, siguiendo las banderas
 Que iban marchando ya por las laderas.

No por eso torció de su demanda
 Un solo paso el bárbaro valiente,
 Antes recio embistió por una banda,
 Tropellando de golpe mucha gente ;
 Y dándoles terrible escurribanda
 Pasó de un cabo á otro francamente,
 Hiriendo y derribando de manera
 Que dejó bien abierta la carrera.

Quién queda allí estropiado, quién tullido,
 Quién se duele, quién gime, quién se queja,
 Quién cae acá, quién cae allá aturdido,
 Quién haciéndole plaza dél se aleja,
 Y en el largo escuadron de armas tejido
 Un gran portillo y ancha calle deja,
 Con el furor que el fiero rayo apriesa
 Rompe el aire apretado y nube espesa.

De tal manera Tucapel abriendo
 De parte á parte el escuadron cristiano
 Arriba á los amigos, que siguiendo
 Iban la retirada á paso llano,
 Con el concierto y órden procediendo
 Que vemos ir las grullas el verano,
 Cuando de su tendida y negra banda
 Ninguna se adelanta ni desmanda.

Nosotros aunque pocos cuando vimos
 Que á espaldas vueltas iban ya marchando,
 De nuestro fuerte en gran tropel salimos
 En la campaña un escuadron formando,
 Y á paso moderado los seguimos
 De la victoria enteramente usando ;
 Pero dimos la vuelta apresurada
 Temiendo alguna bárbara emboscada.

Duró pues el reñido asalto tanto
 Que el sol en lo mas alto levantado
 Distaba del Poniente en punto cuanto
 Estaba del Oriente desviado :
 Nosotros ya seguros, entretanto
 Que remataba el curso acostumbrado
 Dando lugar á las nocturnas horas
 Del personal trabajo aliviadoras ;
 El ciego foso al rededor limpiamos

Sin descansar un punto diligentes,
Y en muchas partes dél desbaratamos
Anchas traviesas y formadas puentes:
Los lugares mas flacos reparamos
Con industria y defensas suficientes,
Fortificando el sitio de manera
Que resistir un gran furor pudiera.

La negra noche á mas andar cubriendo
La tierra, que la luz desamparaba,
Se fué toda la gente recogiendo
Segun y en el lugar que le tocaba,
La guardia y centinelas repartiendo,
Que el tiempo estrecho á nadie reservaba:

Me cupo el cuarto de la prima en suerte
En un bajo recuesto junto al fuerte,

Donde con el trabajo de aquel día,
Y no me haber en quince desarmado,
El importuno sueño me afligia
Hallándome molido y quebrantado;
Mas con nuevo ejercicio resistia
Paseándome deste y de aquel lado
Sin parar un momento: tal estaba
Que de mis propios piés no me fiaba.

No el manjar de sustancia vaporoso,
Ni vino muchas veces trasegado,
Ni el hábito y costumbre de reposo
Me habian el grave sueño acarreado:
Que bizcocho negrisimo y mohoso
Por medida de escasa mano dado,
Y la agua llovediza desabrida
Era el mantenimiento de mi vida.

Y á veces la racion se convertia
En dos tasados puños de cebada,
Que cocida con yerbas nos servia
Por la falta de sal, la agua salada;
La regalada cama en que dormia
Era la húmida tierra empantanada,
Armado siempre y siempre en ordenanza,
La pluma ora en la mano, ora la lanza.

Andando pues así con el molesto
Sueño que me aquejaba porfiando,
Y en gran silencio el encargado puesto
De un canto al otro canto paseando,

Vi que estaba el un lado del recuesto
Lleno de cuerpos muertos blanqueando:
Que nuestros arcabuces aquel día
Habian hecho gran riza y bateria.

No mucho despues de esto, yo que estaba
Con ojo alerta y con atento oido,
Sentí de rato en rato que sonaba
Hácia los cuerpos muertos un ruido,
Que siempre al acabar se remataba
Con un triste suspiro sostenido,
Y tornaba á sentirse, pareciendo
Que iba de cuerpo en cuerpo discuriendo.

La noche era tan lóbrega y oscura
Que divisar lo cierto no podia;
Y así por ver el fin de esta aventura,
Aunque mas por cumplir lo que debia,
Me vine agazapado en la verdura
Hácia la parte que el rumor se oia,
Donde vi entre los muertos ir oculto
Andando á cuatro piés un negro bulto.

Yo de aquella vision mal satisfecho,
Con un temor que agora aun no le niego,
La espada en mano y la rodela al pecho,
Llamando á Dios sobre él aguijé luego;
Mas el bulto se puso en pié derecho,
Y con medrosa voz y humilde ruego
Dijo: « Señor, señor, merced te pido,
Que soy mujer y nunca te he ofendido.

« Si mi dolor y desventura extraña
A lástima y piedad no te inclinaren,
Y tu sangrienta espada y fiera saña
De los términos licitos pasaren,
¿ Qué gloria adquirirás de tal hazaña,
Cuando los justos cielos publicaren
Que se empleó en una mujer tu espada
Viuda, misera, triste y desdichada?

« Ruégote pues, señor, si por ventura,
O desventura como fué la mia,
Con amor verdadero y con fe pura
Amaste tiernamente en algun día,
Me dejes dar á un muerto sepultura
Que yace entre esta muerta compañía:
Mira que aquel que niega lo que es justo,

Lo malo aprueba ya y se hace injusto.
 «No quieras impedir obra tan pia
 Que aun en bárbara guerra se concede,
 Que es especie y señal de tiranía
 Usar de todo aquello que se puede;
 Deja buscar su cuerpo á esta alma mia;
 Despues furioso con rigor procede:
 Que ya el dolor me ha puesto en tal extremo
 Que mas la vida que la muerte temo.
 «Que no sé mal que ya dañarme pueda;
 No hay bien mayor que no le haber tenido;
 Acábase y fenezca lo que queda,
 Pues que mi dulce amigo ha fenecido:
 Que aunque el cielo cruel no me conceda
 Morir mi cuerpo con el suyo unido,
 No estorbará por mas que me persiga,
 Que mi afligido espíritu le siga.»
 En esto con instancia me rogaba
 Que su dolor de un golpe rematase;
 Mas yo que en duda y confusion estaba
 Aun teniendo temor que me engañase,
 Del verdadero indicio no fiaba
 Hasta que un poco mas me asegurase,
 Sospechando que fuese alguna espia
 Que á saber cómo estábamos venia.
 Bien que estuve dudoso; pero luego
 Aunque la noche el rostro le encubria,
 En su poco temor y gran sosiego
 Ví que verdad en todo me decia;
 Y que el pérfido amor ingrato y ciego
 En busca del marido la traia,
 El cual en la primera arremetida
 Queriendo señalarse dió la vida.
 Móvido pues á compasion de vella
 Firme en su casto y amoroso intento,
 De allí salido me volví con ella
 A mi lugar y señalado asiento:
 Donde yo le rogué que su querella
 Con ánimo seguro y sufrimiento
 Desde al principio al cabo me contase,
 Y desfogando la ansia descansase.
 Ella dijo: «¡Ay de mí! que es imposible
 Tener jamás descanso hasta la muerte,

Que es sin remedio mi pasion terrible,
 Y mas que todo sufrimiento fuerte!
 Mas aunque me será cosa insufrible,
 Diré el discurso de mi amarga suerte,
 Quizá que mi dolor segun es grave
 Podrá ser que esforzándole me acabe.
 «Yo soy Tegualda, hija desdichada
 Del cacique Brancol desventurado,
 De muchos por hermosa en vano amada,
 Libre un tiempo de amor y de cuidado;
 Pero muy presto la fortuna airada
 De ver mi libertad y alegre estado
 Turbó de tal manera mi alegria
 Que al fin muero del mal que no temia.
 «De muchos fui pedida en casamiento,
 Y á todos igualmente despreciaba,
 De lo cual mi buen padre descontento
 Que yo aceptase alguno me rogaba;
 Pero con franco y libre pensamiento
 De su importuno ruego me excusaba,
 Que era pensar mudarme desvario,
 Y martillar sin fruto en hierro frio.
 «No por mis libres y ásperas respuestas
 Los firmes pretensores aflojaron:
 Antes con nuevas pruebas y recuestas
 En su vana demanda mas instaron,
 Y con danzas, con juegos y otras fiestas
 Mudar mi firme intento procuraron,
 No les bastando maña ni artificio
 A sacar mi propósito de quicio.
 «Muy presto pues llegó el postrero dia
 Desta mi libertad y señorío:
 ¡Oh si lo fuera de la vida mia!
 Pero no pudo ser que era bien mio.
 En un lugar que junto al pueblo habia
 Donde el claro Gualebo, manso rio,
 Despues que sus viciosos campos riega,
 El nombre y agua al ancho Itala entrega:
 «Allí para castigo de mi engaño
 Que fuese á ver sus fiestas me rogaron,
 Y como habia de ser para mi daño
 Fácilmente conmigo lo acabaron:
 Luego por orden y artificio extraño

La larga senda y pasos enramaron ,
Pareciéndoles malo el buen camino ,
Y que el sol de tocarme no era dino.

«Llegué por varios arcos donde estaba
Un bien compuesto y levantado asiento ,
Hecho por tal manera que ayudaba
La maestra natura al ornamento :
El agua clara en torno murmuraba ,
Los árboles movidos por el viento
Hacian un movimiento y un ruido
Que alegraban la vista y el oido.

«Apenas pues en él me habia sentado
Cuando un alto y solemne bando echaron ,
Y del ancho palenque y estacado
La embarazosa gente despejaron :
Cada cual á su puesto retirado
La acostumbrada lucha comenzaron
Con un silencio tal , que los presentes
Juzgaron ser pinturas mas que gentes.

«Aunque habia muchos jóvenes lucidos
Todos al parecer competidores ,
De diferentes suertes y vestidos ,
Y de un fin engañoso pretensores ,
No estaba en cuáles eran los vencidos ,
Ni cuáles habian sido vencedores ,
Buscando acá y allá entretenimiento
Con un ocioso y libre pensamiento.

«Yo que en cosa de aquellas no paraba
El fin de sus contiendas deseando ,
Ora los altos árboles miraba
De natura las obras contemplando ,
Ora la agua que el prado atravesaba
Las varias pedrezuelas numerando ,
Libre á mi parecer y muy segura
De cuidado de amor y desventura.

«Cuando un gran alb roto y vocería ,
Cosa muy cierta en semejante juego ,
Se levantó entre aquella compañía ,
Que me sacó de seso y de sosiego :
Yo queriendo entender lo que seria
Al mas cerca de mí pregunté luego
La causa de la grita ocasionada ,
Que me fuera mejor no saber nada.

«El cual dijo : Señora , ¿ no has mirado
Cómo el robusto joven Mareguano
Con todos cuantos mozos ha luchado
Los ha puesto de espaldas en el llano ?
Y cuando ya esperaba confiado
Que la bella guirnalda de tu mano
Le ciñera la ufana y leda frente
En premio y por señal de mas valiente ,
«Aquel gallardo mozo bien dispuesto
Del vestido de verde y encarnado ,
Con gran facilidad le ha en tierra puesto
Llevándole el honor que habia ganado ;
Y el fácil y liviano pueblo desto
Como de novedad maravillado ,
Ha levantado aquel confuso estruendo
La fuerza del mancebo encareciendo.

«Y tambien Mareguano que procura
De volver á luchar , el cual alega
Que fué siniestro acaso y desventura ,
Que en fuerza y maña el otro no le llega ;
Pero la condicion y la postura
Del expreso cartel se lo deniega ,
Aunque el joven con ánimo valiente
Da voces , que es contento y lo consiente.

«Pero los jueces por razon no admiten
Del uno ni del otro el pedimento ,
Ni en modo alguno quieren ni permiten
Inovacion en esto y movimiento ;
Mas que de su propósito se quiten ,
Si entrambos de comun consentimiento
Pareciendo primero en tu presencia
No alcanzaren de tí franca licencia.

«En esto á mi lugar enderezando
De aquella gente un gran tropel venia ,
Que como junto á mí llegó cesando
El discordo alboroto y vocería ,
El mozo vencedor la voz alzando
Con una humilde y baja cortesía
Dijo : «Señora , una merced te pido
Sin haberla mis obras merecido :

«Que si soy extranjero , y no merezco
Hagas por mí lo que es tan de tu oficio ,
Como tu siervo natural te ofrezco

De vivir y morir en tu servicio :
 Que aunque el agravio aquí yo le padezco ,
 Por dar desta mi oferta algun indicio ,
 Quiero , si dello fueres tú servida ,
 Luchar con Mareguano otra caída ,
 « Y otra , y otra , y aun mas si él quiere quiero ,
 Hasta dejarle en todo satisfecho ,
 Y consiento que al punto y ser primero
 Se reduzca la prueba y el derecho :
 Que siendo en tu presencia , cierto espero
 Salir con mayor gloria deste hecho :
 Danos licencia , rompe el estatuto
 Con tu poder sin limite , absoluto. »
 « Esto dicho , con baja reverencia
 La respuesta mirándome esperaba ;
 Mas yo que sin recato y advertencia
 Escuchándole atenta le miraba ,
 No solo concederle la licencia ,
 Pero ya que venciese deseaba ,
 Y así le respondí : « Si yo algo puedo
 Libre y graciosamente lo concedo. »
 « Luego con un gallardo continente
 Ambos juntos de mi se despidieron ,
 Y con grande alborozo de la gente
 En la cerrada plaza los metieron :
 Adonde los padrinos igualmente
 El sol ya bajo y campo les partieron ,
 Y dejándolos solos en el puesto
 El uno para el otro movió presto.
 « Juntáronse en un punto , y porfiando
 Por el campo anduvieron un gran trecho ,
 Ora volviendo en torno y volteando ,
 Ora yendo al través , ora al derecho ,
 Ora alzándose en alto , ora bajando ,
 Ora en sí recogidos pecho á pecho :
 Tan estrechos gimiendo se tenian ,
 Que recibir aliento aun no podian.
 « Volvian á forcejar con un ruido ,
 Que era de ver oírlos cosa extraña ;
 Pero el mozo extranjero ya corrido
 De su poca pujanza y mala maña ,
 Alzó de tierra al otro , y de un gemido
 De espaldas le trabuca en la campaña

Con tal golpe , que al triste Maureguano
 No le quedó sentido y hueso sano.
 « Luego de mucha gente acompañado
 A mi asiento los jueces le trujeron ;
 El cual ante mis piés arrodillado
 Que yo le diese el precio me dijeron :
 No sé si fué su estrella ó fué mi hado ,
 Ni las causas que en esto concurrieron ,
 Que comencé á temblar , y un fuego ardiendo
 Fué por todos mis huesos discurriendo.
 « Halléme tan confusa y alterada
 De aquella nueva causa y accidente ,
 Que estuve un rato atónita y turbada
 En medio del peligro y tanta gente ;
 Pero volviendo en mí mas reportada ,
 Al vencedor en todo dignamente
 Que estaba allí inclinado ya en mi falda
 Le puse en la cabeza la guirnalda.
 « Pero bajé los ojos al momento
 De la honesta vergüenza reprimidos ,
 Y el mozo con un largo ofrecimiento
 Incliné á sus razones mis oídos :
 Al fin se fué llevándome el contento
 Y dejando turbados mis sentidos ;
 Pues que llegué de amor y pena junto
 De solo el primer paso al postrer punto.
 « Sentí una novedad que me apremiaba
 La libre fuerza y el rebelde brio ,
 A la cual sometida se entregaba
 La razon , libertad y el albedrío :
 Yo que cuando acordé ya me hallaba
 Ardiendo en vivo fuego el pecho frio ,
 Alcé los ojos tímidos cebados
 Que la vergüenza allí tenia abajados.
 « Roto con fuerza súbita y furiosa
 De la vergüenza y continencia el freno ,
 Le seguí con la vista deseosa
 Cebando mas la llaga y el veneno ;
 Que solo allí mirarle y no otra cosa
 Para mi mal hallaba que era bueno ;
 Así que adonde quiera que pasaba
 Tras sí los ojos y alma me llevaba.
 « Vile que á la sazón se apercibia

Para correr el palio acostumbrado ,
 Que una milla de trecho y mas tenia
 El término del curso señalado ;
 Y al suelto vencedor se prometia
 Un anillo de esmaltes rodeado
 Y una gruesa esmeralda bien labrada ,
 Dado por esta mano desdichada .

«Mas de cuarenta mozos en el puesto
 A pretender el precio parecieron ,
 Donde en la raya el pié cada cual puesto
 Prontos y apercebidos atendieron ;
 Que no sintieron la señal tan presto
 Cuando todos en hila igual partieron
 Con tal velocidad , que casi apenas
 Señalaban la planta en las arenas .

«Pero Crepino, el jóven extranjero ,
 Que así de nombre propio se llamaba ,
 Venia con tanta furia el delantero ,
 Que al presuroso viento atrás dejaba :
 El rojo palio al fin tocó el primero
 Que la larga carrera remataba ,
 Dejando con su término agraciado
 El circúnciente pueblo aficionado .

«Y con solemne triunfo rodeando
 La llena y ancha plaza le llevaron ;
 Pero despues á mi lugar tornando
 Que le diese el anillo me rogaron :
 Yo un medroso temblor disimulando ,
 Que atentamente todos me miraron ,
 Del empacho y temor pasado el punto
 Le di mi libertad y anillo junto .

«Él me dijo : «Señora , te suplico
 Le recibas de mi , que aunque parece
 Pobre y pequeño el don , te certifico
 Que es grande la afición con que se ofrece :
 Que con este favor quedaré rico ,
 Y así el ánimo y fuerzas me engrandece ,
 Que no habrá empresa grande ni habrá cosa
 Que ya me pueda ser dificultosa .»

«Yo por usar de toda cortesía ,
 Que es lo que á las mujeres perficiona ,
 Le dije que el anillo recibia
 Y mas la voluntad de la persona :

En esto toda aquella compañía
 Hecha en torno de mi espesa corona ,
 Del ya agradable asiento me bajaron
 Y á casa de mi padre me llevaron .
 «No con pequeña fuerza y resistencia
 Por dar satisfacción de mí á la gente ,
 Encubri tres semanas mi dolencia ,
 Siempre creciendo el daño y fuego ardiente ;
 Y mostrando venir á la obediencia
 De mi padre y señor , mañosamente
 Le di á entender por señas y rodeo
 Querer cumplir su ruego y mi deseo ,

«Diciendo : que pues él me persuadia
 Que tomase parientes y marido
 Al parecer segun que convenia ,
 Yo por le obedecer le habia elegido ,
 El cual era Crepino , que tenia
 Valor , suerte y linaje conocido ,
 Junto con ser discreto , honesto , afable ,
 De condicion y término loable .

«Mi padre, que con sesgo y ledo gesto
 Hasta el fin escuchó el parecer mio ,
 Besándome en la frente dijo : «En esto
 Y en todo me remito á tu albedrio :
 Pues de tu discrecion y intento honesto
 Que elegirás lo que conviene fio ;
 Y bien muestra Crepino en su crianza
 Ser de buenos respetos y esperanza .»

«Ya que con voluntad y mandamiento
 A mi honor y deseo satisfizo ,
 Y la vana contienda y fundamento
 De los presentes jóvenes deshizo ,
 El infelice y triste casamiento
 En forma y acto público se hizo ,
 Hoy hace justo un mes . ¡ Oh suerte dura !
 ¡ Qué cerca está del bien la desventura !
 «Ayer me vi contenta de mi suerte
 Sin temor de contraste ni recelo ,
 Hoy la sangrienta y rigurosa muerte
 Todo lo ha derribado por el suelo .
 ¿ Qué consuelo ha de haber á mal tan fuerte ?
 ¿ Qué recompensa puede darme el cielo
 Adonde ya ningun remedio vale ,

Ni hay bien que con tan grande mal se iguale?

«Este es pues el proceso, esta es la historia
Y el fin tan cierto de la dulce vida:
Hé aquí mi libertad y breve gloria
En eterna amargura convertida;
Y pues que por tu causa la memoria
Mi llaga ha renovado encrudecida,
En recompensa del dolor te pido
Me dejes enterrar á mi marido.

«Que no es bien que las aves carniceras
Despedacen el cuerpo miserable,
Ni los perros y brutas bestias fieras
Satisfagan su estómago insaciable;
Mas cuando empedernido ya no quieras
Hacer cosa tan justa y razonable,
Háznos con esa espada y mano dura
Iguales en la muerte y sepultura.»

Aquí acabó su historia, y comenzaba
Un llanto tal que el monte enternecia,
Con una ansia y dolor que me obligaba
A tenerle en el duelo compañía;
Que ya el asegurarle no bastaba
De cuanto prometer yo le podía:
Solo pedía la muerte y sacrificio
Por último remedio y beneficio.

En gran congoja y confusion me viera,
Si don Simon Pereira, que á otro lado
Hacia también la guardia, no viniera
A decirme que el tiempo era acabado;
Y espantado también de lo que oyerá,
Que un poco desde aparte había escuchado,
Me ayudó á consolarla, haciendo ciertas
Con nuevo ofrecimiento mis ofertas.

Ya el presuroso cielo volteando
En el mar las estrellas trastornaba,
Y el crucero las horas señalando
Entre el Sur y Sudueste declinaba
En mitad del silencio y noche, cuando
Visto cuanto la oferta la obligaba,
Reprimiendo Tegalda su lamento
La llevamos á nuestro alojamiento.

Donde en honesta guarda y compañía
De mujeres casadas quedó, en tanto

Que el esperado ya vecino día
Quitase de la noche el negro manto.
Entretanto también razón sería,
Pues que todos descansan y yo canto,
Dejarlo hasta mañana en este estado,
Que de reposo estoy necesitado.

CANTO XXI.

Halla Tegalda el cuerpo del marido, y haciendo un llanto sobre él le lleva á su tierra: llegan á Penco los españoles y caballos que venían de Santiago y de la Imperial por tierra; hace Caupolicán muestra general de su gente.

¿Quién de amor hizo prueba tan bastante?
¿Quién vió tal muestra y obra tan piadosa
Como la que tenemos hoy delante
Desta infelice bárbara hermosa?
La fama engrandeciéndola levante
Mi baja voz en alta y sonora;
Dando noticia della eternamente
Corra de lengua en lengua y gente en gente.
Cese el uso dañoso y ejercicio
De las mordaces lenguas ponzoñosas
Que tienen de costumbre y por oficio
Ofender las mujeres virtuosas:
Pues mirándolo bien, solo este indicio,
Sin haber en contrario tantas cosas,
Confunde su malicia y las condena
Á duro freno y vergonzosa pena.

Cuántas y cuántas vemos que han subido
Á la difícil cumbre de la fama,
Judith, Camila, la fenisa Dido,
Á quien Virgilio injustamente infama;
Penélope, Lucrecia, que al marido